



22/23

El sacrificio de Cristo

Vamos a dar un paso más en nuestro intento de iluminar y comprender cada vez mejor la vida cristiana desde la bendición en Cristo. Iniciamos una meditación sobre el sacrificio de Cristo, que es la fuente de nuestra salvación y la causa de la redención.

Podemos distinguir cuatro dimensiones del sacrificio redentor que nos ayudarán a acercarnos a este misterio, sobre todo a la hora de vivir y plantear nuestra vida cristiana a la luz del sacrificio del Señor.

Cuatro dimensiones del sacrificio del Señor

1. Un camino a recorrer por el Señor, un plan divino que cumplir.
2. Una experiencia que vivir, una transformación que padecer.
3. Una actitud del corazón.
4. Un estado, una posición, una condición que alcanzar

1. UN CAMINO A RECORRER, UN PLAN DIVINO QUE CUMPLIR

Ante todo, tenemos que caer en la cuenta de que el sacrificio redentor del Señor no es algo puntual, no es un momento sino que es un camino, todo un proceso que el Señor ha vivido. Ese camino, siendo introducido por la institución de la Eucaristía en la última Cena, comienza con la Pasión en la agonía de Getsemaní, vemos cómo el Señor a partir de ahí va viviendo toda la Pasión que le conduce al calvario, hasta la cruz, hasta la muerte, después desciende a la morada de los muertos y al tercer día resucita glorioso. Después de aparecerse durante cuarenta días asciende a la derecha del Padre. Y sentado a la derecha del Padre es el sacerdote eterno que derrama el Espíritu Santo.

Todo esto que forma una unidad es la Pascua del Señor, este es el sacrificio de Cristo que partiendo de la tierra lo introduce en la gloria celestial. Este **camino recorrido por el Señor** responde a un plan divino, responde al designio de amor del Padre para la salvación de los hombres, un designio conocido, querido y abrazado consciente y libremente por nuestro Señor Jesucristo.

2. UNA EXPERIENCIA QUE VIVIR, UNA TRANSFORMACIÓN QUE PADECER

Este camino recorrido ha hecho que el Señor haya vivido una **experiencia transformadora**. Cristo, que no conoció el pecado, Dios Padre por nosotros lo hizo pecado para que viniésemos a ser justicia de Dios en Él. Para redimirnos abraza la humanidad pecadora y por lo tanto se identifica con el hombre pecador, se sumerge en el misterio del pecado, se hace cordero de Dios que quita el pecado del mundo porque lo toma y lo lleva sobre sí.

El Señor ha vivido esa experiencia tremenda de la Pasión, que no solo le ha hecho padecer terriblemente en su cuerpo sino que ha sido sufrimiento atroz del alma. Solo quien es verdaderamente santo puede tener esta experiencia de lo que significa tomar el pecado, vivirlo en esa santidad y en ese amor infinito que ha vivido por amor al Padre y por amor a nosotros.

Esa experiencia vivida en la Pasión introduce al Señor ahora en la resurrección gloriosa, donde también ahora vivo y glorioso sigue viviéndonos, ahora que es santo y feliz sigue siendo nuestro Salvador.

Y esto ha producido en el Señor una transformación. Vemos ese signo en las llagas gloriosas que ahora tiene el Señor. Recordamos la aparición a los discípulos en el Cenáculo, especialmente el encuentro con Tomás, cuando el Señor resucitado invita a Tomás a tocar las llagas de sus manos y a meter su mano en la llaga de su costado. «*Tus heridas nos han curado Señor*» (1 Pe 2, 24). «*Mira, en las palmas de mi mano te llevo grabado/grabada*» dice el profeta Isaías 49,16.

El Señor ha sido transformado porque nos ha recapitulado, nos ha tomado sobre sí, se ha identificado con cada uno de nosotros, de manera que ya formamos parte de Él. Y esto ha producido esta experiencia vivida que lo ha llevado a la gloria. Ahora Jesucristo el Hijo de Dios es la Cabeza de la humanidad, porque a partir de la encarnación y del sacrificio redentor se ha formado el Cristo total, la Cabeza y los miembros, que formamos una unidad.

Aquí vemos cómo el sacrificio del Señor es asumir y abrazar nuestra humanidad, donde ya para siempre nos lleva en sí, y si antes ha vivido la experiencia terrible de asumir el pecado viviendo lo que vivimos los pecadores, ahora vivo y glorioso nos sigue llevando en sí, pero vive con la sed de derramar en nosotros el fruto de la salvación obtenida.

Gloria a Ti, Señor Jesucristo, que nos has salvado.

Gloria a Ti, Salvador, que has recorrido este camino que de la tierra te ha llevado al Cielo, porque has pasado de este mundo al Padre a través de la Pasión por amor a nosotros.

Gracias, Señor, por la experiencia de amor que has vivido, porque nos has asumido a cada uno personalmente.

Gracias a Ti, que ahora estás vivo y glorioso, porque de tus llagas mana la vida para nosotros.

3. UNA ACTITUD DEL CORAZÓN

Esta es la tercera dimensión que vamos a contemplar del sacrificio de Cristo. Pedimos al Señor que nos introduzca en esa actitud de su Corazón que nos da la clave de su sacrificio.

Hablaremos de tres aspectos fundamentales de esta actitud: **su amor redentor, su oración y su ofrenda**. Al hablar del sacrificio de Cristo vamos a descubrir ese Corazón que nos ama, que ha vivido todo en oración y que ha realizado la ofrenda de sí mismo alcanzando así nuestra salvación.

A. Amor redentor.

El sacrificio redentor tiene el valor que tiene porque ha sido vivido con un corazón que nos ha amado con intención redentora. El Señor ha vivido consciente y libremente la Pasión que le ha llevado a la gloria y esto es absolutamente decisivo para nuestra redención. **En la actitud de su corazón descubrimos el amor redentor del Señor.** Hay dos grandes disposiciones en este amor: la obediencia al Padre y la entrega por los hombres. Recordamos lo que nos dice el número 609 del Catecismo de la Iglesia Católica:

Texto (CIC 609)

Jesús, al aceptar en su corazón humano el amor del Padre hacia los hombres, "los amó hasta el extremo" (Jn 13, 1) porque "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15, 13). Tanto en el sufrimiento como en la muerte, su humanidad se hizo el instrumento libre y perfecto de su amor divino que quiere la salvación de los hombres. En efecto, aceptó libremente su Pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres que el Padre quiere salvar: "Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente" (Jn 10, 18). De aquí la soberana libertad del Hijo de Dios cuando él mismo se encamina hacia la muerte.

Por lo tanto, **en la Pasión está siempre ese corazón que ama con un sentido redentor.**

Jesús nos amó hasta el extremo, pero todo esto lo vivió en obediencia amorosa al Padre, en comunión con el Padre, abrazando su voluntad. Y todo ello lo hace por amor a nosotros, se entrega por nosotros y por nuestra salvación. Sin ese **amor redentor de Cristo** no hay redención, sin amor redentor no tenemos verdadero sacrificio.

B.- Oración.

Pero hay más. En ese amor redentor descubrimos cómo **el Señor ha vivido su sacrificio en oración. La oración es clave para entender el sacrificio del Señor.** Podemos decir que:

- 1) El sacrificio es fruto de la oración
- 2) Todo el sacrificio está envuelto en oración
- 3) El fruto de su sacrificio es la redención



1) Decimos primero que **el sacrificio de Cristo es fruto de su oración.** El Señor inicia la Pasión en la agonía de Getsemaní. Jesús dice sí a la voluntad del Padre. La Pasión se inicia con una oración en la que Cristo se entrega. Sin ese: *«hágase Padre, lo que tú quieras»*, no hubiera habido sacrificio redentor. Qué importante es para nosotros comprender, que lo decisivo de nuestra vida se juega en el tú a tú con Dios. Ese tú a tú de Jesús con el Padre en el Espíritu Santo ha sido decisivo: *«hágase tu voluntad»*.

El Nuevo Testamento nos dice que Jesús, el Hijo de Dios, en el momento de encarnarse, al entrar en este mundo, dijo: *«He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad»* (Hb 10, 5-7). Y el Señor desciende del Cielo y se hace hombre. Junto a ese “sí” que dice el Hijo en el seno del Padre que tiene como fruto la encarnación, va unido el “sí” de la Virgen: *«hágase en mí según tu palabra»*. Ahora, vemos llegar el momento decisivo del comienzo de la Pasión. Jesús, en el huerto de los olivos, dice: *«hágase, venga sobre mí la Pasión, esa Pasión que me va a introducir en la gloria del Cielo»*. Sin ese “sí” no hubiera habido ni sacrificio ni redención. **¡Bendito seas Señor por tu “sí” a la Pasión!**

2) Por otro lado, **el Señor ha vivido todo su sacrificio en oración**, una oración que ha atravesado toda la Pasión. Jesús ha vivido toda la Pasión en oración, desde el comienzo en Getsemaní hasta el momento en que expira en la cruz. Podríamos decir más todavía, la cruz es el momento culminante de la oración del Señor: *«Dios mío, Dios mío porque me has abandonado»*. *«Tengo sed»*. *«A tus manos encomiendo mi Espíritu»*. *«Todo está cumplido»*.

Las palabras del Señor expresan lo que Él vive en su corazón, por eso no ha habido Pasión sin oración. Pero –atención– tampoco hay resurrección sin oración. Qué bonito lo expresa la Carta a los Hebreos: «**Jesús posee un sacerdocio perpetuo porque permanece para siempre. De ahí que pueda también salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor**» (Hb 7, 24-25). Ahora el Señor está vivo para interceder, está continuamente ofreciéndose e intercediendo por los hombres. La vida de Jesús en el Cielo es una continua oración.

3) El Señor ora para comenzar su sacrificio, ora durante su sacrificio y **el fruto de este sacrificio orante es la redención**. Jesús ha pedido la redención de la humanidad, ha pedido la salvación de los hombres. Jesús ha vivido todo esto en ofrenda suplicante, como vamos a ver, y esto es lo que ha traído como fruto la redención. Porque el Señor ha pedido hemos sido salvados. *Gracias, Señor, por tu oración en la Pasión, porque esta oración nos ha traído la salvación.*

Pero Jesús no solo pidió en el momento de la Pasión, sino que sigue pidiendo la Padre por nosotros, **Cristo sigue siendo nuestra salvación constantemente**. La salvación que se difunde, se irradia y nos alcanza sigue siendo el fruto de la oración de nuestro Redentor resucitado.

Recordamos algunos textos del Catecismo de la Iglesia Católica que nos ayudan a comprender esto. El número 2602 nos habla de la oración del Señor y nos da una visión general que nos introduce en el momento del sacrificio del Señor:

Texto (CIC 2602) _____

*Jesús se aparta con frecuencia a la soledad en la montaña, con preferencia por la noche, para orar. **Lleva a los hombres en su oración**, ya que también asume la humanidad en la Encarnación, y **los ofrece al Padre, ofreciéndose a sí mismo**. Él, el Verbo que ha "asumido la carne", comparte en su oración humana todo lo que viven "sus hermanos" (Hb 2, 12); comparte sus debilidades para librarlos de ellas. Para eso le ha enviado el Padre. Sus palabras y sus obras aparecen entonces como la manifestación visible de su oración "en lo secreto".*

Jesús nos lleva a todos nosotros en su oración, nos ha asumido y nos ha ofrecido al Padre ofreciéndose a sí mismo. Nosotros somos el tema de la oración de Jesús con el Padre. Él habla de nosotros al Padre, y lo hace implicándose, comprometiéndose en esa oración que nos abraza y nos asume y nos ofrece al Padre ofreciéndose a sí mismo porque nos lleva dentro sí.

El Verbo encarnado ha asumido la carne y comparte en su oración humana lo que vivimos los hombres que somos ya sus hermanos, hace suyas nuestras debilidades para librarnos de ellas. Amor redentor. Oración viva. Oración que nos sumerge en la clave de la redención, en la ofrenda de Cristo: habiéndonos asumido, Jesús se ofrece por nosotros ofreciéndose a sí mismo. Decisivo, en el sacrificio redentor del Señor, es la actitud de su corazón. Un corazón que ha vivido el sacrificio con amor redentor en oración.

C.- Ofrenda.

En el sacrificio de Cristo ciertamente hay un movimiento fundamental, **es el movimiento de la ofrenda**. Esto nos descubre que **hay alguien que ofrece**, que es **Cristo**, nuestro Señor. Hay **algo que ofrecer** y esto que ofrece el Señor es **a Sí mismo**, es Él mismo ofrecido **con toda la humanidad pecadora asumida en Él**. Por lo tanto, se ofreció a sí mismo **por** nosotros y **con** nosotros en sí, puesto que nos había abrazado y asumido. Hay **Alguien a quien** nuestro Señor Jesucristo se ofrece, **a Dios Padre en el Espíritu Santo** para nuestra salvación.

Y hay un fin, **una finalidad**, por el cual Jesucristo se ofrece, una intención en esa ofrenda, que es **es la salvación**. El Señor se ofrece **para su propia glorificación y para la redención y divinización de los hombres**. El Señor se ofrece porque hay algo que espera de aquel a quien se ofrece.

Por lo tanto, en el sacrificio del Señor vemos que hay alguien que ofrece: Jesucristo. Hay algo que ofrecer: Jesucristo se ofrece a Sí mismo con toda la humanidad pecadora asumida. Hay alguien a quien se ofrece: al Padre en el Espíritu Santo. Y hay una finalidad por la cual el Señor se ofrece: la salvación: distinguiendo su propia glorificación y, por otra parte, la redención y divinización de los hombres. Este es el misterio precioso de nuestra salvación. El sacrificio es la ofrenda del Señor.

El autor de la Carta a los Hebreos en el capítulo quinto, nos lo ha presentado de una manera preciosa, lo podemos ver en el número 2606 del Catecismo de la Iglesia

Texto (CIC 2606) _____

«La carta a los Hebreos expresa en términos dramáticos cómo realiza la oración de Jesús la victoria de la salvación: "El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen" (Hb 5, 7-9)».

Jesús *ofreció* y *suplicó*. **La ofrenda suplicante del Señor nos ha traído la salvación.** Y en esta actitud de ofrenda decisiva, núcleo del sacrificio de Cristo, podemos distinguir cuatro aspectos:

- 1) una actitud de **asumir**;
- 2) una actitud de **presentar a Dios**;
- 3) una **súplica**, una petición,
- 4) y, por último, la confianza, el abandono en el Padre, y la **espera de la acción divina**.

1) En el sacrificio de Cristo lo primero que descubrimos es que el Señor ha asumido la humanidad pecadora porque ha aceptado la realidad tal y como es. No se puede asumir lo que uno no acepta. Y precisamente por ello, porque el Señor conoce la realidad y la acepta, ha venido a salvarnos.

No lo acepta en el sentido de aceptar como bueno lo que es malo, sino en el sentido de aceptar la situación para poderla transformar. No se puede transformar ni redimir si primero no se acepta lo que pasa, lo que sucede. Y eso que sucede, lo real, la realidad que existe, el Señor la ha abrazado para salvarla.

Esa Creación salida de las manos de Dios ha quedado herida por el pecado y así ha asumido la humanidad entera, en situación de pecado. Por tanto yo descubro en el sacrificio del Señor que a todos y a cada uno en particular, a mí mismo y cada uno puede decirlo de modo personal: **«A mí el Señor me conoce y me acepta en mi realidad»**. Eso no quiere decir que esté de acuerdo con todo lo que hay en mí –¡no!– porque entonces no habría redención. Pero tampoco habría redención si el Señor reconociendo lo que hay no lo aceptara para luego transformarlo. ¡Qué paz saber que el Señor me conoce y aceptando lo que me pasa me asume para redimirme!

Por lo tanto en el principio de la ofrenda hay una actitud decisiva de asumir. **No se puede ofrecer lo que no se ha sido asumido. No se puede asumir lo que no se reconoce y se acepta, y no se puede asumir y abrazar lo que no se ama.**

Este es el punto fundamental del corazón del Señor, el amor que nos tiene, ese amor que le lleva a abrazar y asumir lo que somos, tal y como somos para podernos salvar.

2) Y el Señor asume y abraza para presentarlo a Dios Padre. Fundamental en la ofrenda es el presentar a Dios Padre, Jesucristo nos asume para poner en las manos del Padre lo que somos para ser curados, para que nuestros pecados sean expiados, para que seamos perdonados, para que seamos reconciliados y para que seamos curados. **Aquí está la clave para que haya redención: asumiendo presenta al Padre lo que somos.**

3) ¿Cómo viene la salvación? No basta saber lo que pasa ni basta sólo asumir, hay que reconducir a Dios lo que hay. La Creación por el pecado se ha ido de las manos de Dios. Y Jesucristo, presentando los que somos, suplica y pide al Padre que derrame la bendición divina sobre la humanidad pecadora, sobre la creación sumergida en el pecado.

Esta es la súplica, **la petición al Padre**, la petición **de la bendición divina**. Por lo tanto, Cristo asumiendo la humanidad pecadora se presenta ante el Padre revestido de nosotros y pide, suplica al Padre la bendición divina.

4) Aquí el Señor se sumerge en la cuarta dimensión de la ofrenda: Jesucristo al pedir y suplicar se confía, se abandona en las manos del Padre esperando la acción divina. **Confianza, abandono, espera**. Jesús se pone en las manos del Padre con toda confianza, abandonado en las manos del Padre espera la aceptación, esperando que el Padre le bendiga, y bendiciéndole a Él bendiga a la humanidad que Él ha abrazado, que lleva en sí, que ha presentado al Padre porque la ha abrazado y la ha asumido.

Ofrenda viva del Señor, sacrificio de sí mismo con todos nosotros en Él para recibir la bendición divina. De aquí, que **la ofrenda bendecida y aceptada por el Padre es lo que da sentido al sacrificio. El sacrificio se consuma cuando la ofrenda llega a cumplimiento, cuando la ofrenda alcanza su finalidad, cuando el Padre responde a la ofrenda suplicante del Hijo**. ¡Maravilla de misterio! Esta bendición del Señor ha acontecido y no hay ofrenda sin el momento final: **la aceptación de la ofrenda por parte del Padre**. Aquí se podría meditar el texto precioso de la oración sacerdotal de Jesús, que nos transmite el capítulo 17 del evangelio de san Juan (Jn 17, 1-26):

4. UN ESTADO, UNA POSICIÓN, UNA CONDICIÓN QUE ALCANZAR

Esta es la última dimensión que queremos contemplar del sacrificio de Cristo. **El sacrificio redentor del Señor tiene su momento decisivo en la Cruz, pero su momento culminante es la Resurrección**, que es la que da sentido a todo el sacrificio. El Señor se ofreció al Padre para alcanzar la gloria de la resurrección.

Llegar a estar glorioso en el Cielo lleno de Dios en su humanidad, teniendonos a todos dentro de sí: este es el momento culminante del sacrificio de Cristo.

Ahora el Señor es el Sacerdote eterno, vivo y glorioso. Tenemos que aprender a **ver el sacrificio de Cristo en esta unidad**. El sacrificio tiene el momento decisivo en la cruz pero no ha terminado ahí, porque al sacrificio pertenece la finalidad con la que ha sido ofrecido. La respuesta del Padre aceptando la ofrenda pertenece al sacrificio. Y esa respuesta ha sido la glorificación del Señor. Cristo glorioso y lleno de Dios en su humanidad.

El sacrificio nos ayuda a descubrir esta dimensión clara y decisiva: **el sentido del sacrificio es** que el Señor alcance **la bendición divina**. Sin esa bendición de Dios se nos oscurece todo el sentido del sacrificio. Por lo tanto, tenemos que comprender el sacrificio que nos ha traído la salvación desde la visión positiva de lo que el Señor ha alcanzado. La Cruz queda absolutamente opaca, oscura, si no comprendemos que el Señor la ha vivido para alcanzar la resurrección y difundir la gloria a los que ha redimido y somos ya para siempre sus hermanos.

En **este estado glorioso que el Señor ha alcanzado en el Cielo a través de su ofrenda en la Cruz**, tenemos que distinguir **dos aspectos**: por un lado, la plenitud divina en su humanidad, **la gloria que Cristo ha alcanzado en su humanidad**; y por otro, el Señor no ha alcanzado esta gloria sólo para sí, sino que esta gloria la ha alcanzado para comunicarla: **el Señor glorioso irradia la vida divina**, tiene esa plenitud para transmitirla, para darla a los hombres.

El Señor se ha ofrecido y ha pedido al Padre que lo llene de la gloria divina para poder darla, para poder transmitirla, para comunicar e irradiar la vida divina a los hombres.

Por lo tanto, **este estado que ha alcanzado el Señor** a través de la ofrenda de Sí mismo es **una posición de Sumo Sacerdote**, resucitado y lleno de Dios, **que en su humanidad gloriosa irradia la bendición divina**. Es lo que nos anticipaba el misterio de la Transfiguración del Señor, lleno de Dios en su humanidad ha alcanzado este estado glorioso.

Ahora entendemos la profundidad de las palabras del Señor en la institución de la Eucaristía: «*Esto es mi Cuerpo entregado por vosotros*». «*Esta es mi Sangre derramada por vosotros*». En “*por vosotros*”, estamos nosotros; y en el estado ahora glorioso del Señor Jesús, lleno de Dios en su humanidad gloriosa está así para nosotros. Podemos decir que el sacrificio no ha llegado a su término hasta que el Señor no cumple su deseo, su objetivo, su finalidad. Él se ha ofrecido por nosotros, para poder comunicarnos la vida de Dios y poder llegar a glorificarnos un día.

Él ha alcanzado este estado glorioso, **Señor del Cielo y de la Tierra**, glorificado en su humanidad para poder comunicar e irradiar la vida de Dios a los hombres que ya son para siempre sus hermanos. Esto se cumple de manera plena ya en el Cielo con los que están con Él; se cumple ahora en la tierra a través de la transmisión que hace el Señor de la redención a través de la Iglesia. Sabemos que es **una irradiación** que tiene **una parte de purificación: redimir del pecado. Y una parte positiva:** la comunicación de la vida divina, **la divinización de los hombres**.

Hemos contemplado el sacrificio del Señor en dos etapas. Vemos ahora cómo se nos ilumina **el sacrificio de Cristo a la luz de la bendición**, pues **todo lo ha vivido el Señor para bendecir. Primero, para ser bendecido** Él por el Padre; y **después**, bendecido por el Padre en su humanidad, **para bendecirnos** a todos nosotros ahora en el tiempo de la Iglesia.

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

*Tú te has hecho hombre para ser el bendito del Padre
y ahora ser la causa de bendición para todos nosotros.*

*Nos has dejado el Memorial de tu Sacrificio en la Eucaristía,
donde tú eres la bendición que nos da el Padre*

y nos bendices ofreciéndote a Ti mismo y dándote a nosotros en Comunión.

Y todo esto es posible porque te haces presente entre nosotros.

El sacrificio de Cristo ha redimido al mundo y lo sigue salvando hoy. Cristo por su sacrificio ha salvado y salva a la humanidad, ha alcanzado la bendición de Dios para Él, y ahora es Él el que bendice a la humanidad entera.

Recordamos que al ascender al Cielo el Señor bendecía a los discípulos como signo del fruto del sacrificio redentor. Cristo, ahora glorioso, es el que bendice en el tiempo de la Iglesia a la humanidad. Nuestra vida y nuestra alegría es ser bendecidos gracias al sacrificio de Cristo que permanece siempre actual.

Gracias Señor por la bendición.

Gracias, porque el Sacrificio de la Cruz te ha introducido en el Cielo para bendecir a la humanidad.

Gracias, porque haces presente tu Sacrificio cada día en el altar para hacernos participar de él.

* * * * *

*Meditación de Miguel Ángel Pardo en el programa “Dame de beber” de Radio María
emitido desde el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús de Valladolid,
el 9 de marzo de 2008*

Sugerencias para orar

Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal y a la comprensión del texto:

Paso a paso...



Invocación al Espíritu

Pide que te ilumine y te abra a la comprensión de la Palabra



Lectura del texto

Lee de forma pausada para captar qué dice el texto



Meditación

¿Qué me dice el Señor en este encuentro?



Oración

Respondo al Señor, de corazón a corazón



Compromiso

Salto a la vida con otra actitud

Como resumen del texto, unas breves cuestiones a la luz del Espíritu en oración y diálogo con el Señor.

- ✓ ¿Sabemos leer y orar los acontecimientos de la vida desde la Cruz de Jesús? ¿Cómo habría que hacerlo? «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34).
- ✓ De toda la Pasión de Jesús, ¿qué es lo que más te conmueve? ¿Cuáles son las palabras y los gestos de Jesús que más llegan a tu corazón?
- ✓ ¿Por qué en Jesús se inaugura un sacerdocio nuevo? ¿Qué lo caracteriza?
- ✓ En el camino de la vida hay pequeños o grandes sufrimientos. ¿Cuál ha sido el sentido de las pruebas que yo he sufrido? ¿Me han ayudado a comprender el dolor ajeno?
- ✓ Contemplamos a la Virgen María al pie de la cruz. Mujer fuerte y silenciosa. Jesús le dice al discípulo amado: «Ahí tienes a tu madre» ¿Soy yo ese discípulo amado/esa discípula amada? ¿Me lo está diciendo a mí? ¿Recibo a María como algo propio? ¿Me siento hijo/hija de María?
- ✓ Para terminar la lectura orante podemos contemplar las palabras de Jesús: «Padre en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46).